

la virtud! ¡abajo la fe! El hombre es un animal; en su lúgubre espíritu, como el tigre en su antro, habita la nada

\*  
\*\*

Gozar es lo que importa; la vida es rápida; el que hace sacrificios es un loco, el mártir es un estúpido; vivir bien es lo esencial. La inmensidad se sonríe y la tumba hace muecas. La vida es un guijarro que el hombre prudente recoge para apedrear al cielo.

\*  
\*\*

Esos hombres se sacuden sus sabandijas sobre los ángeles; viven contentos, beben, comen y ríen, con todas las risas que la locura puede inventar, y dicen en su rencor y en su odio todo lo que el gusano pudiera decir a Dios.

\*  
\*\*

Niegan esos desdichados al Creador del mundo; pero de pronto el ángel mudo posa su mano sobre el hombro del desvergonzado burlón, y detrás de él, mientras canta, surge la muerte, y Dios llena de pronto con la eternidad aquella boca que escupe.

XV

¿Qué harás, ¡oh viento! de tantas hierbas segadas, de tantas pajas secas y de tanto árbol derribado? ¿Qué harás, ¡oh viento! de los que se van del mundo antes de hora? ¿Qué harás, ¡oh viento! de los que lloran y de los que ríen?

\*  
\*\*

¿Qué harás de los corazones, qué harás de las almas? Todos los hombres amamos, creemos y pensamos, brillamos un momento; luego, en los pantanos o en los osarios nos enfriamos, unos cubiertos con banderas, otros con sudarios, todos llenos de andrajos.

\*  
\*\*

Y tus ráfagas, viento, nos agitaban y nos oreaban cuando ayer estábamos llenos de vida y de ilusiones: ahora todo eso huyó y no sabemos qué será de nosotros, e inútilmente tratamos de averiguarlo.

\*  
\*\*

¡Oh viento! ¿qué harás de ese torbellino de seres, de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de esclavos, de señores, que sufren, rezan, aman o dudan, que son quizá seres-ceniza o seres-simiente, que ruedan estremecidos y pálidos hacia el inmenso desvanecimiento?

XVI

El árbol de la eternidad vive, no tiene raíces ni copa, pero sus ramas alcanzan a todas partes, está cerca del gusano y cerca del sol; el espacio ve crecer sin cesar la rama que se llama Número y la rama que se llama Destino, y su vegetación sombría cubre al hombre des-pavorido.

cas? Decidme, ¿visteis volar por entre el ramaje algún águila monstruosa?

\*  
\*\*

La sentimos arrastrarse y engrandecerse sobre nuestras cabezas, atar a Deutz con Judas, a Nemrod con Schinderhannes, retorcerse en mil nudos, y pasando a través de fibras eternas, temblando, vemos cruzar ante nuestras pupilas sus tallos vertiginosos.

\*  
\*\*

Y distinguimos en la parte más frondosa del árbol a los Hobbes, contemplando con ojos de mármol a los Kant de amplias frentes, inmóviles, con el hacha en la mano, con el pie encima de los problemas: la muerte ha convertido a todos esos leñadores en pálidos espectros.

\*  
\*\*

Están estupefactos cada uno sobre su rama; ése se incorpora; éste, espantado, se inclina; aquél quiere, el de más allá se atreve, y todos se detienen ante el misterio. Zenón piensa volviendo la cara hacia Pirrón y Voltaire mira a Spinosa.

\*  
\*\*

Decidme, ¿qué habéis encontrado, buscadores sublimes? ¿Los nidos que encontrasteis, negros como abismos, entre las ramas nudosas del árbol, cobijaban enjambres de alas negras o blan-

\*  
\*\*

Del que guarda el secreto; los hombres somos ministros; el espeso velo de la suerte tapa vuestros ojos siniestros; la furia del viento nos encorva; la obscuridad de la misma noche confunde nuestras cabezas. ¿Quién sabe el secreto? ¿Lo sabéis vosotras, tempestades? ¿Lo sabéis vosotros, abismos?

\*  
\*\*

El incomprendible problema hincha las olas del mar, y oscilando incesantemente, va desde la noche hasta la aurora, desde el topo hasta el linco; el enigma clava en nosotros obstinadamente sus profundas miradas en la obscuridad, en la que vemos sobre nuestro destino las dos garras de la esfinge.

\*  
\*\*

La clave de la esfinge es Dios: esa palabra brilla en las almas viudas, tiembla en la llama, fluye en los ríos, circular en la sangre del hombre; las constelaciones la dicen en voz queda, y el volcán, ese mortero del infinito, la lanza a los astros cuando pasan.

\*  
\*\*

No dudemos, creamos; tengamos confianza y afirmemos humildes la existencia de Dios. Nuestra ceguedad

no debe servirnos de obstáculo; hagamos ver a la creación el grandioso espectáculo de un ciego deslumbrado por la luz

\*  
\*\*

Os repito, porque sois duros de oídos, que negar al Creador es caer en un precipicio. Mortales, la vida es muy corta y la carne sirve de pasto a los cuervos; la vida se derrumba a vuestro alrededor como un viejo claustro; la hierba está muy alta, y en ella se ven menos flores que tumbas.

\*  
\*\*

Cuando nos agobia la duda, la vida pierde el encanto. Cuando el hombre, espectro alegre, con el sarcasmo en los labios y con la tristeza en los ojos, se ríe del infinito, ¡pobre alma aventurera!, ve con estupor que los árboles cranean y que las montañas están serias.

\*  
\*\*

Conmovida la encina hace señas al cedro, que está contemplativo; el peñasco soñador parece un sacerdote que está en el templo llorando por algún desgraciado; la araña, inmóvil medita en el centro de su tela, y el león, pensativo a la luz de las estrellas, dice rugiendo:—«¡Perdón, Señor!»

Jersey, cementerio de San Juan, abril de 1854.

## VI

Un día el triste espíritu, el profeta sublime que meditaba en Patmos y leía estremecido en los bordes del abismo palabra lúgubres, dijo a su águila:— «Quiero que me lleves sobre tus alas; quiero ir a ver a Jehová.» El águila obedió. Llegaron a las puertas del cielo y Juan entró. Se dirigió a un sitio sin nombre, cuyo centro ningún arcángel se atreve a traspasar; pero ese sitio terrible estaba lleno de sombra, de la sombra que proyecta la grandeza de Dios.

Jersey, septiembre de 1855.

## VII

CLARA

¡Vuestra hija siguió a la mía! Madre de corazón desgarrado, hiciste bien en dejar abierta la puerta por si ella vuelve; la piedra que se ve allá abajo entre la hierba es una tumba.

\*  
\*\*

En cuanto desapareció mi hija entre las revueltas olas, te tocó el turno, Clara, y desapareciste también: tal vez en las alturas se llamarán la una a la otra, al saber ¡ay! que ascendieron casi juntas.

\*  
\*\*

Niña que en nuestra morada desterrabas la tristeza; que en otro tiempo,

cantándote, tu madre te mecía en la cuna; que primero la encantaste con tu pequeñez, y luego le llenaste de resplandores el horizonte de su vida.

\*  
\*\*

\*  
\*\*

Ahora duermes para siempre bajo la gris losa del sepulcro; no existes, has existido apenas; el astro atrae a la azucena y se llevó al azur del espacio tu virginidad.

\*  
\*\*

Te remontaste al sublime firmamento, escapando al cielo como el pájaro al bosque, y convertida en llama, en ala, en himno y en fragancia, y gozarás en el infinito de rayos de luz y de rayos de amor eternos.

\*  
\*\*

No reiremos ya en la noche de nuestra vida, en la que solamente vemos, como para bendecirnos, vagar en nuestro cielo y en nuestra memoria tu figura como una nube y tu nombre como un recuerdo.

\*  
\*\*

¿Presentaste ya en las altas esferas tu sombrío epitalamio? En los pocos momentos que caminaste silenciosa por la tierra, de todos los ideales formaste tu alma, como si hicieras un ramillete destinado para el cielo.

Viéndote tan tranquila y tan radiante, los corazones más crueles dejaban de odiar; pasaste por entre nosotros como Ruth la espigadora, y como Ruth la espiga, tú recogías el bien.

\*  
\*\*

La naturaleza, ¡oh frente pura! derramó toda su gracia en tu faz, la aurora su candor, los campos su bondad, y nosotros gozábamos viendo reunidas en ti la dulzura y la belleza.

\*  
\*\*

Era tan casta, que su forma parecía obra deslumbradora del cielo; de todos los rosales parecía la rosa y de todos los amores parecía el aroma

\*  
\*\*

Los que no han conocido a esa encantadora niña no pueden saber qué transparencia tenían sus miradas, que eran semejantes al agua tranquila cuando las estrellas reflejan su luz en el mar.

\*  
\*\*

Era sencilla, franca, modesta y buena; cantaba a media voz el canto de las ilusiones, y en toda ella brillaba ese no sé qué vago y lejano de la ilusión.

\*  
\* \*

Se conocía que había de estar poco tiempo en la tierra, que sólo aparecía en ella para desvanecerse, que apenas aceptaba la involuntaria vida, y que había instantes en que la tumba la deslumbraba.

\*  
\* \*

Pasó por esta sombra, a la que se resigna el hombre; cuando sopló el viento fatal, pasó silenciosa, hermosa y cándida, como una pluma de cisne, que permanece siendo blanca cuando se la ve de noche.

\*  
\* \*

Desapareció al nacer la aurora; fué fulgor en la mañana, virtud en el cielo; fué boca que sólo conoció los besos de la ilusión, fué alma que sólo durmió en el lecho de Dios.

\*  
\* \*

Y ahora estamos los dos sumidos en nuestro dolor sin límites, vos, su madre, y yo postrados ante esas queridas fosas, contemplando siempre en las mudas tinieblas la desaparición de esos dos seres adorados.

\*  
\* \*

Nos hicimos la ilusión, ¡qué sueño! Nosotros, que somos o condenados o apóstoles, debemos trabajar, esperar y de que permanecerían con nosotros du-

rante nuestra vida y Dios nos las arrebató. Hasta cuando ciñen nuestros cuellos con sus blancos brazos, terrible viento hace estremecer esos encantadores fantasmas, que aun creemos contemplar.

\*  
\* \*

Están ahí, cerca de nosotros, jugando al borde del camino; no han desdeñado descender hasta la tierra oscura; y detrás de ellos, sin que en su candor lo sepan, sus alas proyectan algunas veces su sombra en la pared.

\*  
\* \*

Penetran en nuestras habitaciones, moran con nosotros, y alegres, ligeros y cariñosos, nos acarician y vuelven a desaparecer. Desconsolada madre, nuestros hijos son dos ángeles.

\*  
\* \*

Quiso nuestra suerte severa que regresasen pronto al cielo que vieron abierto, y que antes de llevarse a los labios la copa de la vida la abandonasen, ignorando lo que es la envidia, el dolor, el orgullo y el odio en la época en que la endrina está en flor.

\*  
\* \*

Nosotros, que somos o condenados o apóstoles, debemos trabajar, esperar y sufrir; tenemos que expiar nuestras

faltas o las ajenas; nuestro corazón debe sangrar por sus heridas y nuestros ojos tienen que llorar.

\*  
\* \*

\*  
\* \*

Ellas son el aire que huye, el pájaro que se posa un momento en una rama, el suspiro que vuela, el abril que brilla y pasa, el perfume de la rosa que va a reunirse en el cielo con el rayo del sol.

\*  
\* \*

Sintieron el profundo y misterioso disgusto con que el alma se ata al cuerpo culpable; sintieron, seres soñadores, que otro mundo los reclamaba, y no sé qué sed de morir en la mañana de su vida.

\*  
\* \*

Son las estrellas de oro que se desvanecen al aparecer la aurora, muriendo para nosotros, naciendo para otros firmamentos; porque la muerte, cuando un astro despunta, continúa en otra parte sus regocijos.

\*  
\* \*

Sí, madre, éstos son los elegidos por el misterio, los enviados divinos, los seres alados, a los que Dios sólo permitió rozar sus alas en la tierra para dar algo de alegría a algunos pobres corazones.

Como el ángel a Jacob, como Jesús a Pedro, se nos aparecen, hermosos, puros, destellando de sus pupilas la claridad serena del celestial paraíso.

\*  
\* \*

Y cuando compasivos besaron nuestras llagas, curaron nuestros dolores, alegraron nuestra razón e hicieron brillar un momento la luz del alba al través de nuestra noche y cantaron en nuestra mansión la canción del cielo,

\*  
\* \*

Se volvieron a las alturas a hablar de los hombres a Dios, y para hacerle ver las dificultades de que está sembrado el camino y mostrarle nuestras debilidades y nuestros sufrimientos, le presentaron un puñado de tierra, que llevaban en el hueco de la mano.

\*  
\* \*

Desaparecieron, ya arrebatadas por un relámpago, ya por una enfermedad cruel contra la cual fué impotente la ciencia, y nos quedamos pálidos, fríos, desconsolados, sin saber nada sino que esos seres queridos ya no existen.

\*  
\* \*

Entonces exclamamos:—¿Para qué sirve el hogar sin fuego? ¿Para qué sirve la casa sin ellas? ¿Para qué sirve la

rama donde no se posan los pájaros?  
¿Qué esperamos ya, si ellos no han de volver?»

\*  
\*\*

Se desvanecieron como el sonido de dos liras y nos dejaron solos y tristes, cerca del abismo en el que todo se va hundiendo; y creemos algunas veces entrever vagamente en nuestra obscuridad el fulgor de sus encantadoras sonrisas.

\*  
\*\*

Porque por misterio incomprensible se nos aparecen; sentimos sus hábitos, oímos flotar sus vestiduras, que rozan por las paredes de nuestro hogar solitario, y cuando esto sucede, nuestros ojos se llenan de lágrimas.

\*  
\*\*

Sentimos que nos rozan sus cabellos, que cuando la laxitud nos invade nos levantan tras alguna palabra de consuelo, y sus blancas manos tocan dulcemente nuestras rodillas.

\*  
\*\*

Y nos dicen en voz muy baja y llena de ternura:—«¡Madre mía, padre mío, esperad un día más!» Y yo quedo esperando en el último escalón de la escala del amor.

Espero reunirme pronto con mi hija.  
¡Pobre corazón mío! La vida es amarga y pronto saldrás de ella. Dios te ve. La muerte reúne. Llegarás a ser ángel habiendo sido mártir.

\*  
\*\*

\*  
\*\*

¡Oh! ¿cuándo nos reuniremos? Angeles queridos, volveros a encontrar será nacer. ¿Cuándo veremos, como luz ideal, aparecer la estrella de la muerte en el negro horizonte de la tumba?

\*  
\*\*

¿Cuándo iremos a las regiones donde están las palomas, los niños muertos y las primaveras desvanecidas, los amados y arrebatados seres?

\*  
\*\*

¿Cuándo ascenderemos a esa región, en la que se encuentran todos los dictamos, los seres queridos, los ausentes, los besos de los espíritus y las miradas de las almas? ¿Cuándo iremos nosotros?

\*  
\*\*

¿Cuándo iremos a gozar de la alegría infinita, en la que son himnos vivos los velados ángeles, en la que se ve al tra-

vés del azur de la armonía la vaga estrofa que cantan laudes de estrellas?

\*  
\*\*

¿Cuándo vendréis a buscar nuestros pobres corazones, cuándo sacaréis del mundo nuestras existencias, para que nos columpiemos juntos en las profundidades de la sombra, deslumbrados por la mirada del Eterno?

Diciembre de 1846.

## VIII

ASOMADO A LA VENTANA DURANTE LA NOCHE

## I

\*  
\*\*

Las estrellas, como puntos de oro, se ven al través del obscuro ramaje; el oleaje descompone sus reflejos en el pálido Océano; las nubes en el espacio parecen aves que huyen; por momentos el viento habla y dice palabras entrecortadas, como el hombre que está soñando.

\*  
\*\*

Todo se desvanece. La naturaleza es una urna mal cerrada; la tempestad es espuma y la llama es humo; todo está fuera de su propia vida. ¿El astro es un punto fijo en ese movedido problema? ¿El cielo que contemplamos fué siempre lo mismo? ¿y lo será siempre? ¿Verá el hombre siempre claridades eternas y subir los mismos centinelas a las mismas torres?

\*  
\*\*

Quando los cometas van y vienen lanzando desde sus insondables abismos su claridad hasta nosotros, encen-

## II

Noches, ¿seréis siempre las mismas? ¿Veremos siempre sobre nosotros extenderse el mismo cielo? Di, larva Aldebarán, responde, espectro Saturno, ¿nunca veremos en la faz nocturna abrirse nuevos ojos? ¿No veremos jamás nuevos astros? ¿No veremos nuevas bóvedas, nuevas columnas, brillar ante nuestros ojos mortales en esa catedral de formidables pórticos, cuyo espantoso altar mayor ilumina el septentrion con siete antorchas? ¿No sentiremos jamás el poderoso aliento de otras flores de luz nacidas en las llanuras del eterno abril?

## III

¿Dios no pondrá llamas ya en sus labios profundos? ¿No hará surgir ya torbellinos de mundos? ¡Hablad, Norte y Mediodía! ¿No está ya llena de El su creación santa? ¿No sopla ya más que una boca débil sobre seres enfriados?

diendo quizás al pasar almas y mundos, ve y vaga; cuando levanta la cabeza, ¿sabemos qué es lo que están haciendo esos vagabundos que corren por el firmamento?

\*  
\*\*

IV

¿Quién ha visto el manantial y quién conoce el origen? ¿Quién, habiendo sondeado el abismo, puede imaginarse ser mago y ser rey? ¡Ah, fantasmas humanos, inclinad vuestras cabezas! Quién puede decir: — «Basta, ya está bien; no crees más astros, Eterno; descansa.»

\*  
\*\*

Sedicioso el efecto, ¿podrá limitar la causa? ¿Qué boca humana puede decir a nada de lo creado: — «No irás más allá?»; sin su intervención la creación vive, crea y se multiplica; el hombre es únicamente un testigo.

\*  
\*\*

Un testigo que tiembla y que se espanta. Los firmamentos, así como los animales, están llenos de viviente savia. El árbol prodigioso crece, se agiganta, se transforma y en medio de los cielos profundos, como colosal gavilla, extiende su tenebroso ramaje.

\*  
\*\*

La creación está delante y Dios detrás. El hombre está en la parte oscura de la barrera, en la que, curioso, vi-

Luego no debemos decir: — «Contamos con las estrellas.» Quizás flotas de soles con las velas desplegadas llegan en este momento; quizás mañana el omnipotente Creador, rehaciendo la noche, haga que cambie el firmamento.

\*  
\*\*

¡Quién sabe! ¿Qué sabemos? Quizás en el sombrío horizonte que la impenetrable creación obstruye con sus setos sagrados, murallón oscuro contra el cual bate el viento la ola del ser, veamos bruscamente aparecer astros azorados.

\*  
\*\*

Astros que salgan de los abismos, que vengan de las profundidades o que desciendan de las cumbres, y que entren en tropel y que nos petrifiquen con sus extraños aspectos.

\*  
\*\*

Surgiendo encendidas antorchas, fuegos puros, rojas hogueras, penachos de rubíes en torbellinos de brasas en las llanuras y en los montes, y quedaremos petrificados al ver sus aspectos extra-

ños; porque en el abismo enorme, son de los mundos ángeles y de los soles demonios.

\*  
\*\*

Quizás en este instante, desde el fondo de las noches fúnebres, ascendiendo hasta nosotros, hinchando sus olas de claridades, el mundo infinito, en ese desconocido mar vierta una inmensa marea de constelaciones.

Marine-Terrace, abril de 1854.

## IX

## CLARIDAD

El Océano hace resplandecer sus variados matices. El oleaje, cansado de combatir, extenuado, se adormece, y dejando que descansen el escollo, envía a la playa inmenso beso. Se diría que en todas partes, al mismo tiempo, la vida hace desaparecer el mal, el sufrimiento, el invierno y la noche; que los muertos inviten a los vivos a amar, y que un alma desconocida, difundida por todas partes adelante tiernamente la boca hacia nuestros labios. El ser, extinguiendo su fiebre en la sombra y en el éxtasis, abriendo sus entrañas, sus senos, sus ojos y sus corazones, en sus profundos poros recibe de todas partes la penetración de la sagrada savia. Como una marea llega de las alturas la paz universal. La brizna de hierba palpita en las hendeduras de las rocas. El alma tiene calor. El nido está cobijado. Parece que se llene el infinito de un es-

Marine-Terrace, julio de 1855.

## X

## A LOS ÁNGELES QUE NOS VEN

—Pasajera, ¿quién eres? Te conozco, pero como eres espectro, sombra y nube, no tienes sexo ni edad.—Soy tu madre.

\*  
\*\*

—¿Quién eres tú, cuyas alas tiemblan y brillan, cuyos ojos están preñados de dulzura? — Soy tu hermana.—  
¿Y tú quién eres? — Soy tu hija.

\*  
\*\*

—¿Y tú?—Soy la mujer que amaste.  
—¿Y tú?—Soy tu propia alma.—¡Envolvedme en vuestra obscuridad, profundas noches!

Julio de 1855.

## XI

### CADÁVER

Habéis levantado alguna vez el paño mortuorio para contemplar al hombre cuando muere? Y mientras alrededor del lecho le lloraban sin consuelo la madre, los hijos, los hermanos y los amigos, ¿habéis visto sonreír al cadáver? Hace poco se retorció en el estertor de la agonía y ahora despide cierta claridad. ¿Qué es lo que produce esta claridad en el hombre cuando cae en el profundo y eterno abismo? ¿Qué es la tumba? ¿De qué proviene la serenidad espantosa de los muertos? Es que se abre el secreto y que el ser se queda fuera de él; es que el alma brilla, llama y está sonriente, y el cuerpo participa también de esa formidable alegría. El cuerpo se dice:—«Voy a convertirme en tierra, a germinar, a florecer como savia y a amar como flor; voy a re-

juvenecerme con la gran juventud del matorral, del agua viva, de la encina y del olmo y a difundirme por los lagos, por las olas, por los prados, por los montes, por las rocas, por los barrancos, por las brisas, por todos los murmullos desconocidos de la vida. Voy a ser pájaro, viento, susurro del agua, rumor del cielo y palpitación de todo lo prodigioso.» Todos esos átomos, de los que disponía el hombre y que estaban fatigados, se alegran de verse en libertad, de vivir y de volver al abismo que les deleita. El hálito que la fiebre hacía acre y ardiente va a convertirse en perfume y la voz en armonía; la sangre va a volver a penetrar en las venas infinitas y a correr, como límpido arroyo, por los campos; los huesos han adquirido ya la blancura del mármol; la cabellera siente ya el estremecimiento del ramaje de los árboles y la perfumada brisa de la primavera, y la mirada, que extraño velo empañó, adquiere el misterio del despertar de un astro resplandeciente.

\*  
\*\*

Dios quiere que la muerte sea el infante canto por el que al fin el alma y el cuerpo se desligan, y que sirva de doble puerta abierta al doble ser del hombre. En esta hora indescriptible Dios dispersa el cuerpo en el universo y el alma en el infinito. Cierta azulada atmósfera, en la que se respira el aire saludable de la eternidad, resplandece a pesar de la lúgubre mortaja. ¡Admirable paz la de la muerte! La sombra de las noches, las cañas de los estanques, la roca del montículo, la aparición misteriosa del crepúsculo, el aire, la tierra, el fuego y el agua, todo, hasta

el cielo, se mezcla con el cadáver, que brosa; alma, es decir, problema; y mu- llega a ser solemne, y el nacimiento de jer, es decir, destierro? un astro se entrevé en sus pupilas.

En el cementerio, agosto de 1855.

\*  
\*\*

## XII

### A LA QUE CUBRE UN VELO

Me hablas desde el seno de una nube como hablaría un alma a los mortales, y como la espuma sobre la playa, tu túnica flota a los vientos.

\*  
\*\*

Soy el alga que batan innumerables olas; soy el cautivo a quien el destino venció; todas las sombras cubren mi vida, sin lograr apagar mi corazón.

\*  
\*\*

Mi espíritu se parece a esta isla, mi suerte se asemeja a este Océano; soy el apacible habitante de la región de las tempestades y de los huracanes.

\*  
\*\*

Soy el proscripto que vive en la soledad, que piensa y canta lejos del ruido del mundo, como el mochuelo y como la estrella, la sombría canción de la noche.

\*  
\*\*

¿Tú no eres también como yo mismo, antorcha en el mundo vil y tene-

¡Sal de la nube, sombra embelesadora!; ¡déjame que te vea, espectro! Sé para mí faro que me libre de la tempestad; sé para mí estrella en el negro celaje.

\*  
\*\*

Búscame entre las gaviotas; dirige tus luminosos rayos hacia mi arrecife, y haz llegar hasta mis sombrías profundidades tu fulgor angelical.

\*  
\*\*

Desciende, y al pasar roza tus ligeras alas en las embravecidas olas; ven hasta mí; debes ser muy bella, pues tu lejano canto es muy armonioso.

\*  
\*\*

Y la noche engendra la aurora; y quizás es voluntad del Cielo que alegre tu misteriosa sonrisa mi destino triste.

\*  
\*\*

En el tenebroso mundo por donde vago debemos echar de ver esto los dos: tú, que eres luminosa, y yo, que soy esclavo del deber.

llamarte alegría, a pesar de haberme dicho que te llamabas amor.

\*  
\*\*

Desde lejos me dices que me amas y que por la noche te apareces en el horizonte, y llegas hasta aquí para ver la playa y visitar mi morada.

\*  
\*\*

Y allí, meditando bajo la inmensa bóveda, cerca de las olas agitadas, sorprendida de ver que el átomo se parece a la inmensidad, comparas, porque no me conoces, la ola con el hombre, la sombra con el desterrado y la lámpara que alumbra mi ventana con el astro que brilla en el infinito.

\*  
\*\*

Algunas veces, en los desvaríos de mis sueños, siento que os posáis en mi frente marchita, labios de lo desconocido que dejas caer el beso puro de lo ideal.

\*  
\*\*

Cuando me roza tu hálito, siento en mí dulce frescor y que se estremecen todos mis sentidos como hojas del árbol del corazón.

\*  
\*\*

Pero no quieres que yo te vea; sucesivamente vienes y te vas; no quieres

Da un paso más, ven y entra, si el deber no te lo impide; ven a ver mi alma en su antro, y verás el espíritu del león y el corazón del niño.

\*  
\*\*

Ven a ver el desierto que habito, solo y en solitaria vivienda; sé el ángel en casa del cenobita, sé la claridad en la morada del profeta.

\*  
\*\*

En las ruinas que ocupo, convierte mis gotas de sudor en perlas; ven a posar sobre todas mis obras tu mano, que destella claridad.

\*  
\*\*

Desde los bordes de los siniestros barrancos del sueño y de las ilusiones entreveo visiones divinas... ¡Completa tú la aparición!

\*  
\*\*

Ven y contempla al soñador que se inflama a medida que se va destruyendo, y que en su alma tiene cada día más muerte, pero **menos** obscuridad.

\*  
\*\*

lo que soy; en ser a la vez cielo y tumba.

\*  
\*\*

Ven; atraviesa la bruma que me rodea, en la que nace la fe, de la que sale el espíritu, y a través de la cual yo veo las formas confusas de la suerte.

\*  
\*\*

Todo lo esclarecen los fulgores fúnebres; para el abatido pensador, Dios abre en las tinieblas repentinas inundaciones de claridad.

\*  
\*\*

Sé que, antes de descender a la tierra, en otro tiempo me he cernido en los espacios; sé que fui arcángel solitario y que mi desventura consiste en haber nacido.

\*  
\*\*

Ciérnete sobre mi alma, que en otro tiempo fué paloma; ven hasta mí, tú que llevas impreso el sello del cielo.

\*  
\*\*

Mi irremediable desgracia consiste en depender de dos elementos; consiste en encerrar en mí fango miserable y luz divina.

\*  
\*\*

Consiste mi desventura en ser hombre, en recordar lo que he sido, en ver

Consiste en ser un presidiario que pasea su cadena por el mundo, en verme forzado a vestir la túnica humana; consiste en haber perdido las alas.

\*  
\*\*

Consiste mi desdicha en arrastrar la materia, y siendo hijo de la luz, verme sepultado bajo la tierra del cementerio, hasta cuando me entrego al amor.

\*  
\*\*

Marine-Terrace, enero de 1854.

### XIII

#### HORROR

#### I

Espíritu misterioso que pasas ante mí con el dedo puesto sobre los labios... ¡no te vayas! ¡háblame!... tú, cuya alba frente asomas en la noche de mi desierto; háblame y contéstame, tú, que pasas por entre las ramas de los árboles como un rayo de luz.

\*  
\*\*

¿Eres tú el que algunas veces se me aparece a media noche? ¿Has sido tú quien llamó a la puerta de mi dormitorio una noche que yo no dormía? ¿Eres tú el que vertías el fulgor que vi? La

piedra del umbral de mi morada es quizás la primera grada de la escalinata del sepulcro

\*  
\*\*

Tal vez en mi puerta, que se abre a la sombra inmensa, empieza la escalera invisible de la muerte; quizás los pálidos muertos, cuando ascienden desde el fondo del horror sepulcral, llaman a la puerta de mi vivienda.

\*  
\*\*

Porque la casa de la proscripción, confundida con las catacumbas, está pegada a los muros de la ciudad de las tumbas; el desterrado sale de ella. Floata sumergido, como la nave que zozobra; cuando el día le ve, exclama: — «¿Quién es ese fantasma?» Cuando le ve la noche, dice: — «¿Quién es ese muerto?»

\*  
\*\*

Bien venida seas, sombra, hermana mía, que cuando apareces me haces señas de que me incline hacia el enigma siniestro y obscuro, y vienes, llenándome de pavor con tu brillo deslumbrador, a enjugar en mi frente el sudor del destierro con la fimbria de tu sudario.

II

El abismo es negro y la vista es débil. Tenemos ante nosotros la inmovilidad del silencio. ¿Qué somos? ¿Dónde estamos? ¿Debemos reír o llorar? Los

que encontramos, pasan. ¿De dónde vienes? No lo sé. ¿Dónde vas? Lo ignoro. De este modo el hombre habla al hombre y la ola a la ola. Todo va, todo viene, todo engaña, todo huye.

\*  
\*\*

Vemos partir la flecha y que la sombra tapa el blanco; vemos lanzado al hombre. ¿Por quién y hacia qué? Hacia lo invisible. El tenebroso arco silba en el aire. Al ver que los seres queridos se mueren en nuestros brazos, nos preguntamos si para arrojar el rayo de la muerte brilla el relámpago de la vida...

\*  
\*\*

Nos preguntamos, invadidos por la duda, si la profunda tumba que se abre ante nosotros, abismo, esperanza, refugio o escollo, es el cielo tachonado de estrellas, y si los clavos de oro que se ven de noche en la bóveda azul son los clavos del ataúd.

\*  
\*\*

Vivimos y nuestros dientes chocan, nuestras vértebras se estremecen; diríase que en las tinieblas del mundo se oyen pasos que nos aterran. ¿Qué es el huracán durante la noche? Alguno que pasa. Oímos el resoplido de los caballos del espacio que arrastran un carro invisible.

La sombra parece ensimismada en un pensamiento único. El agua solloza; el bosque comunica al espíritu su tem-

blor contagioso, y en la niebla que nos rodea, todo parece alumbrado por el reflejo que proyectan los mármoles blancos de un sepulcro prodigioso.

III

En el mundo cada cosa es un enigma para las otras cosas; el ser es una esfinge para los demás seres; la aurora le parece pálido al sol, y el relámpago le parece pálido al rayo. En la creación vaga y crepuscular, los objetos envueltos por siniestra claridad son una visión unos para otros.

\*  
\*\*

La ceniza ignora lo que piensa el mármol; el escollo no sabe lo que dicen las olas; las ramas de los árboles no entienden lo que dice el viento. ¿A quién se castiga aquí? Pasáis sin conoceros. ¿Eres tú el culpable, niño que acabas de venir al mundo? ¡Oh, muerte! ¿Eres tú la que vives?

\*  
\*\*

Tenemos abismos en el espíritu; nuestras ideas, nuestros sueños, nuestras virtudes, son escarpaduras que escalamos y esperanzas que construimos fácilmente; y tratamos de aplicar a esos extraños abismos la escala de fuego por la que subieron los ángeles, en la que Job está abajo y Cristo está arriba.

\*  
\*\*

Amamos. ¿Para qué? Sufrimos. Es inevitable. Prefiero morir y desaparecer; pero el mortal no puede elegir su

\*  
\*\*

Pensamos. ¿Y después? Arrástrate, espíritu, conservando tus cadenas. Cuando a la hora del crepúsculo os paseáis por entre los árboles y por entre las rocas, ¿no veis retroceder a la sombra en cuanto la miráis con obstinación? ¿Sabemos acaso en qué piensan todos esos misterios mudos?

\*  
\*\*

Juzgamos. Levantamos el patíbulo. El hombre mata y muere. La humanidad, muchedumbre que vive en el error, condena, extermina, destruye y después se marcha. En su demencia levanta el poste del cadalso, que es el palo de ese ciego inmenso que camina durante la noche.

\*  
\*\*

Horroroso cenit, del que no puede librarse el género humano, en el que los doce Césares reaparecen siempre uno tras otro, como soles apagados y errantes; el hombre, encorvado por sus aflicciones, ve siempre sobre él sucederse en el sombrío cielo ese zodíaco de tiranos.

IV

Hace cuatro mil años que el hombre, víctima del odio, queriendo horadar su tumba con los pedazos de sus cadenas,